

Jesús Arellano: Más que poeta, más que amigo

Fidel Villegas. Sevilla

Los *Poemas del hombre y de la tierra* poseen unos rasgos característicos en el conjunto de la escasa obra editada del profesor Arellano. Por una parte, es su publicación más extensa; por otra, a pesar de ser una antología, tiene carácter de “totalidad”: en efecto, y a pesar de lo poco que he tenido ocasión de indagar entre sus inéditos, creo que el libro expone plenamente la dimensión poética de Jesús Arellano (excepción hecha de los numerosos poemas de circunstancias que sin duda escribió, y a los que debió darles no poca importancia). Entiéndase que hablamos de una antología hecha por el propio autor de los poemas que escribió durante muchos años, todos inéditos (porque los que algunos pocos lectores u oyentes conocían fue mediante copias manuscritas que circularon entre personas cercanas al autor o escuchados en reuniones casi familiares).

El libro contiene textos que no son propiamente poemas, en forma de apertura a cada sección. Incluye además, al final del volumen, una “nota” extensa en la que justifica el peculiar poema titulado “Megalópolis socialista”, escrita expresamente con motivo de la publicación del libro, y como respuesta al diálogo entablado con el editor. No hay constancia, de momento, de las fechas de composición de los textos. El autor indica sólo en la portada *Poemas del hombre y de la tierra. Antología poética (1955-1985)*.

El relato de la historia de la publicación del libro, en la que tuve la fortuna de intervenir como editor, puede ayudar a conocer mejor algunos aspectos de la personalidad de su autor, de sus intereses y convencimientos. Esta historia queda ilustrada por una larguísima carta que me remitió durante los trabajos de edición, y de la que ahora se publican algunos fragmentos.

* * *

Si me tomo la libertad de comenzar desde el principio es porque entiendo que la publicación de los *Poemas del hombre y de la tierra* es consecuencia del trato entre un maestro y un discípulo: bien significativa es esta circunstancia para captar la esencia del modo de concebir el trabajo en todas sus dimensiones que tuvo Arellano como diálogo vivo.

Oí hablar de don Jesús Arellano al comenzar los estudios universitarios. Vi que su figura era admirada, tratada casi como un mito, en el ambiente en el que yo me desenvolvía: estudiantes, muchos de ellos miembros del *Opus Dei* como yo mismo. Anoto estas circunstancias que considero fundamentales para la verdad de lo que voy contando. Me interesaba escuchar lo que me decían de él quienes habían sido sus alumnos o le habían tratado. Me nació así la imagen de un hombre apasionado, original y libre.

La primera ocasión en que le escuché personalmente fue durante el verano siguiente, en el Colegio Mayor Albayzín. Impartió allí unas clases de introducción a la filosofía y mantuvo algunos encuentros informales con los estudiantes que asistíamos a ese curso, en los que habló del espíritu y la vida del *Opus Dei* y de asuntos de actualidad. De las clases no conservo en la memoria sino su figura y los significativos silencios que hacía cuando alguno llegaba tarde; de las otras reuniones —las tertulias— recuerdo, más que el contenido, su apasionamiento y su originalidad: yo nunca había oído a un profesor hablar así, ni en las formas ni en la capacidad de conmover.

Como es lógico, quise leer lo que hubiera escrito. Me enteré entonces de que Arellano no había publicado casi nada, circunstancia sobre la que corrían muchas interpretaciones peregrinas, según pude darme cuenta años más tarde. Pero también supe de la existencia de un libro que podría encontrar en su departamento de la Facultad de Filosofía y Letras: “Seis cuestiones del hombre nuevo”. Leí en cuanto pude aquel extraordinario ejemplar, fotocopias encuadernadas, en uno de los pequeños despachos del departamento. Con tal libro y tal entorno, la expe-

riencia de la lectura no podía ser otra que recibir un impulso juvenil a algo casi indeterminado pero entusiasmante. Yo no era alumno suyo, pero como había oído que recibía gustosamente a quien fuera a verlo, eso hice, aunque no sabía bien de qué quería hablarle ni cómo debía hacerlo. Sólo cuando me dijo: “háblame en plata”, comprendí lo que yo había ido a hacer allí. Muchos años después recordé esto, al leer en uno de sus poemas estos versos:

Ya sólo entiendo lo que dicen
las palabras en alma y esenciales.

Durante la conversación alguien le llevó una copia, que me regaló, de un “Plan de curso” que había preparado. Después de esa conversación asistí a bastantes clases suyas, trasladándome desde mi Facultad en la Fábrica de Tabacos hasta el antiguo edificio de Bellas Artes, donde impartía esas clases. Aquello fue para mí extraordinario. Los famosos “Algo que decir, alguna cuestión que plantear” al comienzo de las clases me encantaban. O la invitación que hacía a los estudiantes que intervenían con preguntas en las que se intuía un algo personal: “Describe la experiencia”. Eran años de agitación política en la vida universitaria. En dos ocasiones presencié cómo trataron de interrumpir sus clases. Una vez entraron en el aula varios estudiantes pretendiendo que se marchara para organizar una asamblea; don Jesús no lo consintió, apelando abiertamente a su propia libertad y la de los alumnos presentes, y actuando con firmeza y contundentemente. En otra ocasión, alguien había destrozado la instalación de megafonía como forma de protesta contra la masificación en las aulas. Entonces él, que necesitaba el micrófono para hablar, se acercó al borde del estrado y dio una clase formidable sobre lo que verdaderamente es la comunicación. También recuerdo que una vez avisó a los alumnos de que una profesora no podría dar sus clases durante un tiempo “porque tenía que hacer otro trabajo”; luego explicó que el trabajo que estaba haciendo era “gestar un hijo”. Son detalles que quizás no tengan mucha importancia para otros, pero que a mí me parecen significativos.

En 1978, justo al comenzar mi trabajo de profesor de literatura en enseñanza secundaria (y había plagiado ingenuamente aquel “Plan de curso”) fui a vivir al centro del *Opus Dei* que está en la Plaza de Doña Elvira, en Sevilla. Allí residía desde hacía bastante tiempo don Jesús, de modo que pude tratarle y aprender muchas cosas de él —y, gracias a él, de mí mismo— en el entrañable ambiente familiar de esa casa. Enseguida, don Joaquín Rueda, que había tratado extensa e intensamente a Arellano —formó parte de los primeros órganos directivos del Colegio Mayor Guadaíra, y posteriormente participó en la creación de la editorial Rialp y en la de la colección de poesía “Adonáis”—, me regaló un cuadernito, modestamente fotocopiado, con un puñado de poemas del “profe”. Yo ya sabía que había escrito muchos versos. Incluso había escrito algunos para mí, con motivo de una fiesta de Reyes, en los que me retrataba con acierto y me indicaba simple y llanamente lo que debía hacer durante toda mi vida.

Aquel librito se titula *Pequeña antología apresurada*. El ejemplar que me dio don Joaquín tiene una dedicatoria manuscrita en su portada: “Para Paco Carlos, más que poeta, más que amigo”. Me dijo don Joaquín que en el colegio mayor don Jesús leía poemas a los estudiantes de vez en cuando. Cuando los leí, llegaron a las fibras de mi espíritu y ahí siguen. La fuerza poética, la belleza dramática, directísima, estaban ahí sin más. Y durante muchos años, los poemas del librito artesanal —que conservo— rondaron por mi memoria y enriquecieron mi espíritu y mi trabajo. Representaron para mí un verdadero revulsivo: me angustiaban y me consolaban a la vez; me llenaban de nostalgia indefinible, de extraños deseos. Poco le han de importar al lector mis impresiones de entonces, pero me he permitido referirlas en homenaje al maestro y a su verdad: los poemas cumplieron exactamente lo que autor quería. Lo comprobé mucho después, al leer en la carta mencionada que

“Lo único que me atrae y que me conmueve a escribir, y ahora a publicar, algunos poemas, es el poder llegar al corazón de la gente para hacer lo que es propio de la poesía: intentar crear en la intimidad de cada uno —en la de cada persona de la gente—

Vida y obra de Jesús Arellano

con la materia de sus internos sentimientos, pasiones, vivencias e ideas, un impulso elevador a lo mejor de sí mismos, eso aquello que con frecuencia está en ellos solo semivivo o semimuerto o acaso dormido o adormido, pero esperando a ser invocado a la vida conmovida, consciente y solar”.

Algunos poemas de aquel cuadernito libro me son particularmente cercanos. Deseo copiar éste, luego incluido en su antología, que considero casi como un emblema de su poesía:

TARDE ANGUSTIADA

Si vinieras a mí, ¿cómo sería
amor, mi amor, esta angustiada tarde
de fría y turbadora primavera?
¿Es gris mi corazón o gris el aire?
¿Acaso estamos tristes yo y el día?
No lo sé. Te soñamos, en la sangre,
tras las nubes, la tierra y yo y el cielo
azul del alma.

Ven. Ya no hay instantes
que pueda regalar a la esperanza;
ya no tengo un futuro para amarte.
Sólo el presente, la humillada lumbre
de mis manos cansadas, los fugaces
tiempos eternos que me presta el día.

Sí, te dije: en la muerte, cuando callen
su agonía de nombres los sentidos,
podré quererte en corazón y en carne.
Mas no puedo esperar hasta la muerte.
No te tendré mientras te diga: aguárdame.

Semilla de Verdad

¿Es acaso seguro el mediodía?

El alba solo es nuestra. He de arriesgarme
en la tiniebla hacia la luz ahora;
he de vivirte aún siendo herida amante,
he de abrazarte ahora, en la agonía

y el éxtasis del alma aún cuerpo, en carne
trasviviendo en pronombre y en silencio.

Ven. Ya se brotan en mi angustia errante
las rosas que anhelé. Son sangre en alas
de sed y fuego. Ya llegan los ángeles.

Ven. Que en la muerte la esperanza acaso
de olvidos se renace
y no en futuros que no fueron. ¡Ven!

Mi corazón te acucia: soledades
que dormían un sueño de deseos
claman antiguas, ignoradas hambres.

Ven, que te llamo entre los vientos grises
de esta angustiada tarde
para poder contigo desvirle
al tiempo la esperanza, hacerlo instante
de la presencia y de la llama tuyas.

Ven y se hará la música en el aire
aroma. Y a la entraña de la tierra
le brotaremos soles. Y los mares
serán su abismo en éxtasis. Y al cielo
lo nacerás, amor, desde mi sangre.

Pero voy a seguir este relato. Algunos años más tarde —mi trato con don Jesús era entonces muy esporádico— comencé a dar clases en el colegio Altair de Sevilla. Un grupo de alumnos y yo fundamos una revista literaria, “*Númenor*”, que tenía todos los ingredientes de este tipo de aventuras. He de reconocer que ahora, al copiar ese fragmento de la carta, vuelvo a darme cuenta de que en el fondo lo que yo buscaba y he seguido intentando en mi trabajo como profesor es conseguir ese “crear en la intimidad de cada uno [...] un impulso elevador a lo mejor de sí mismos”. Parece como si Arellano considerara que la misión propia del poeta y del profesor fueran las mismas. Sí, siempre he pensado que en el origen de esa revista, que luego se desarrollaría con un grupo de buenos escritores que en ella comenzaron, estaba latente (con el de otras personas) el impulso de Arellano. Así se lo explicaba a mis alumnos, a quienes les daba a leer poemas del librito fotocopiado. Cuando ya se editaron los *Poemas del hombre y de la tierra*, muchos tomaron la costumbre de recitar el 24 de diciembre el poema “Nochebuena en la taberna”.

En 1993 publiqué una antología poética de Bartolomé Lloréns, escritor fallecido prematuramente y al que don Jesús había conocido. Para nuestra sorpresa, vino a la presentación del libro, que fue en Altair y a la que asistían un buen grupo de estudiantes. Le pedí que interviniera en el acto, y así lo hizo. Los alumnos no salían de su asombro, y cuando terminó se acercaron a hablar con él. Creo que don Jesús se divirtió ante la espontaneidad e incluso insolencia de aquellos adolescentes, que no tuvieron problemas para hablar con él de poesía y filosofía. Y le pidieron poemas para la revista. Pues resultó que a los pocos días me llegó su respuesta: un tomo encuadernado con la antología que luego se publicó. Le pidieron algunos poemas y esa fue la reacción de Arellano. ¿Por qué actuaría así, dando su obra a una modestísima iniciativa editorial que sacaban adelante como podían un profesor y unos cuantos estudiantes de bachillerato, que sólo tenían entusiasmo? Arellano debió ver que era el contexto preciso en el que quería dar a conocer sus

versos, con lo que volvemos a los párrafos de su carta. Confió en quienes le demostraron que tenían lo que él amaba, y quiso impulsarlos con ese acto de generosidad, propio de su libertad de espíritu.

Después vinieron los trabajos para preparar el libro, esa correspondencia tan fructífera y el acto de presentación de la antología en el Paraninfo de la Universidad de Sevilla. don Jesús elogió la edición y el diseño; me dijo que cada página del libro le parecía un poema.

Creo que la carta a la que vengo aludiendo la escribió Arellano para poner fin al debate epistolar que yo mantenía con él acerca de la oportunidad de publicar algunos de sus poemas. Era que yo había hecho circular el libro entre algunos escritores pidiéndoles su opinión, y le mantenía al corriente de lo que me decían. Así que decidió dejar claro, algo molesto y de una vez por todas, cómo quería que fuera el libro.

Desde entonces le tuve al corriente de todo lo que seguíamos haciendo. Le contaba la trayectoria de esos jóvenes escritores, y cuando nos encontrábamos me hablaba mucho de ellos y se interesaba por todos. Una vez me dijo que siempre confiara en la importancia de este trabajo que yo hacía, y que no me desanimara cuando comprobara que la “sociedad masificada” intentara arrebatarles su veracidad juvenil. Copio un fragmento de una carta suya de noviembre de 1993; se refiere a una sencilla publicación de unos estudiantes que le envié:

He leído “La máscara y el rostro” de las II Jornadas Humanísticas de Torreciudad que me enviabas. Es una gloria leer estas cosas. Seguro que Dios se ha autonombrado colaborador de esta empresa, dirigida, toda ella, a que los hombres juveniles expresen y den de sí lo mejor de sí mismos. Es una alegría sentir el frescor de vida estrenada que brota de sus páginas, y la hondura de la reactividad de respuesta juvenil a ideales, y la precoz autoconsciencia que reflejan sus expresiones. Es verdad lo que dices en “Un verso”: una sola frase, un solo verso puede transformar, por su impacto creativo en el adentro del alma, la vida de un hombre joven (joven de años o de corazón). Enhorabuena por el “Manifiesto Humanístico” final; por su desgarró, “agresividad”

Vida y obra de Jesús Arellano

despertadora y estimulación a la creadora disconformidad. Por la vía del corazón “inquieta”, como decía San Agustín, por la desazón desdormida ante lo tosco, lo podrido y lo deshumanizante, se despierta en la juventud de edad o de alma la búsqueda de Aquél que es el amor de los amores, el que, abriéndonos para el trabajo del Amor, nos hace capaces de atrevernos a decir, como cariñosamente me recuerdas en tu carta: “amor de los amores me hizo su enamorado”.

Pasado el tiempo, pedí al pintor Javier Gandía Monsalvet, que había sido alumno mío y colaborador en “*Númenor*” y en otros muchos proyectos artísticos, que hiciese un retrato de Arellano. Busqué fotografías y le expliqué en líneas generales cómo me gustaría que fuese el cuadro. Entre otras cosas, el profe tendría en sus manos un ejemplar de su libro y unos versos escritos, del final del poema mencionado:

Y se hará la música en el aire,
aroma.

Cuando estuvo terminado, José María Prieto buscó el mejor momento para que yo se lo llevara a la Facultad, al despacho que mantuvo durante muchos después de su jubilación. Recuerdo que cuando llegué estaba conversando con una chica que se dedicaba a la restauración de obras de arte, y le explicaba cómo ese trabajo era en sí mismo, también, una obra de arte. Estaban presentes bastantes profesores. Creo que se sorprendió cuando desenvolví el lienzo y se lo mostré. Le expliqué quién era el pintor y entonces me preguntó: —¿Ha leído alguno de mis poemas? Le dije que sí y añadió: —Es que me ha pintado como a mí me gustaría ser. Algunos de los párrafos de la carta demuestran la verdad de estas palabras de Arellano. El retrato lo envié al Colegio Mayor Guadaira.

* * *

Ya sólo me queda referirme a la última etapa, cuando ya estaba enfermo y retirado; yo iba a verle a su casa, al centro del *Opus Dei* en que vivía, con frecuencia. Me sorprendía que con el paso del tiempo y a pesar de que cada vez estaba más sumergido en las brumas de su enfermedad, mantuviera el interés en conversar conmigo de mis proyectos, a pesar de las enormes dificultades que tenía para expresarse e incluso para reconocer a personas muy cercanas a él. Procuraba contarle cosas que pudieran alegrarle; le preguntaba por historias pasadas, le pedía libros y papeles suyos. Algunas veces le convencía para que tocara el órgano que tenía en su habitación. Entonces rebuscaba hasta encontrar partituras que interpretaba como podía. Y cantábamos algunos villancicos que había compuesto, no sé cuándo. Me dio varios textos y partituras con estos poemas. Transcribo desde su letra casi ininteligible de entonces dos estrofas:

Su ángel de la guarda
mira a mi niño;
hijo de mis entrañas,
cariño mío.

Suéñame, niño mío,
tu madre vela.

Y tus sueños tu ángel
al cielo lleva.

Creo que escribía continuamente poemas. Supongo que quienes iban a visitarlo y lo encontraban escribiendo sin parar, ya con letra ilegible, folios y folios, pensarían que aquellos textos no tendrían sentido, que era algo automático, fruto de una mente que ya se había agotado del todo. Yo no sé si era así. Pero una vez le pedí que me leyera lo que estaba escribiendo, y que nadie hubiera podido descifrar. Y él leyó, sin apenas titubeos, lo que era un poema: hablaba de la juventud, a la que quería impulsar a las cimas del amor a Dios. Un poco antes me había

dedicado un largo poema, en el que volvía a expresar, como en un resumen, los temas de nuestras conversaciones; parafraseando al maestro, podría yo decir que él me describe como yo debiera ser, no como soy. Por lo que he podido entender en esos papeles suyos, sus poemas de entonces son explícitamente religiosos: villancicos y poemas de acción de gracias después de comulgar, por ejemplo.

Teníamos un proyecto común, que era reeditar un antiguo texto suyo, *Los Reyes Magos son verdad*. Me dio una copia de la primitiva publicación, un folleto de la colección “Mundo Cristiano”, con las erratas corregidas y me explicó cómo quería que se editara y que se distribuyera —porque él conocía muy bien mis escasas dotes comerciales—. No pude satisfacer ese deseo suyo mientras vivía, aunque en honor de la verdad, he de decir que no me importa demasiado, habida cuenta de cómo concebía y experimentaba Arellano la línea entre el tiempo y la eternidad, entre la vida y la muerte. Me habló también de otros escritos suyos: un comentario al *Cantar de los cantares* y otro sobre los ángeles. Por cierto, con frecuencia me hablaba el profe de los ángeles —también están presentes en sus versos—; en una ocasión, por ejemplo, en la que le dije ingenuamente que yo podía ayudarle en sus trabajos, me contestó que él ya tenía la ayuda de los ángeles. Y más frecuente aún eran en su conversación conmigo las referencias a la Virgen María. Le gustaba mostrarme láminas de los libros de arte que tenía, y describía las reproducciones de manera conmovedora. Sin duda, eran realidades de la fe absolutamente vivas y presentes en su propia vida. Durante las últimas visitas que le hice, ya al final de sus días, a veces las únicas palabras que conseguía entenderle eran “bello” y “belleza”. No puedo dejar de mencionar, en fin, su interés en contarme episodios de su vida en el *Opus Dei*, de sus encuentros con san Josemaría Escrivá de Balaguer, de aspectos de la espiritualidad de la Obra. Creo que siempre actuó con la conciencia y la responsabilidad de haber sido uno de sus más antiguos miembros. Entre los papeles que me dio está el borrador de una carta en la que dificultosamente respondía a la que le había escrito Mons. Javier Echevarría, prelado del *Opus Dei*, interesándose por su salud y expresándole su

cariño y cercanía. Con su letra temblorosa, en la que se había esmerado como un colegial, escribió (1 de julio de 2007): “Recibí con gran alegría su carta de 12 de junio. Con ella sentí que me llegaba, inundando mi corazón, el espíritu de vida de la Obra”.

Una vez le llevé un ejemplar de la revista, en la que habíamos publicado uno de los textos de aquel cuadernito, que había quedado inédito. Dice así:

Pídele a Dios que lllore a los poetas,
a los que nos vivimos humillados
queriendo hacer verdad el imposible
amor que sólo en Dios es verdadero.
Sólo Él, el Encarnado,
destruyó las distancias que en la tierra
les hacemos, de carne, a los pronombres.
Los poetas soñamos su belleza,
y en las horas del tiempo
nos vivimos amor como desgarro.

Lo leyó en voz alta con cara de sorpresa y alegría.

* * *

Son, pues, éstos, algunos de los recuerdos que conservo de don Jesús Arellano. Comprendo que quizás resulten excesivamente personales e incluso impropios para una publicación como la presente. Pero es que no me resulta posible relatarlos al modo una simple crónica, pues todas y cada una de las palabras y gestos que don Jesús expresó en las ocasiones en que nos encontramos fueron apasionados y nunca me dejaron indiferente, más allá de lo concreto o particular del momento. Para mí ha sido un orgullo haberle tratado y haber podido contribuir a que su poesía fuera conocida. Sé que don Jesús era más apa-

